

Análisis de una novela tendenciosa

El Quinto Jinete

Antonio García Aparicio

L A trama de la novela es muy simple. Gadaffi coloca una bomba atómica en el centro de Nueva York. Amenaza con hacerla explotar si el presidente de los EE.UU. no obliga a su «aliado sionista» a evacuar la zona este de Jerusalén y «nuestra santa mezquita», y a «permitir a los palestinos el regreso a su patria». Y todo ello porque no hay paz sin justicia (pág. 19).



E L presidente reúne a los expertos. Se comprueba la veracidad. Logra ponerse en contacto con Gadaffi para negociar y ganar tiempo en la búsqueda de la bomba con el fin de poderla desarticular. Simultáneamente se mueven los hilos de la alta política y se habla con Israel y la Unión Soviética. Paralelamente a la mediación política, corren las vicisitudes de la policía, mostrando tanto su poderosa organización como algunos de sus aspectos humanos. Tam-

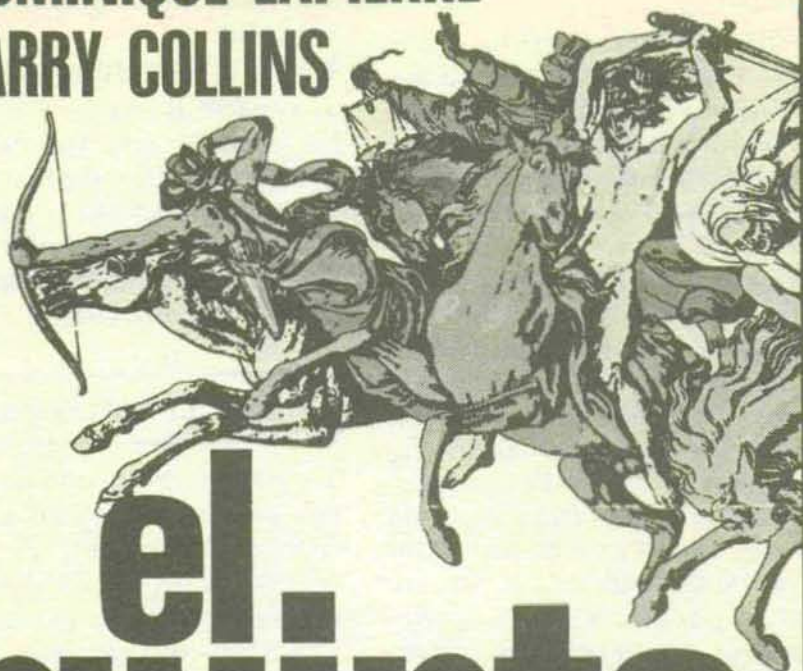
bién la prensa aparece, con una demasiado admirable comprensión de las cosas y relacionada con el mundo de la policía de forma novelesca al unir sentimentalmente a dos de sus miembros. Todo ello ocurre en el más absoluto secreto, para que no cunda el pánico. Se alude asimismo a otros casos ya sucedidos con anterioridad y en los que la organización avanzada del Estado logró solucionarlos sin que los ciudadanos se enterasen de nada. Se fomenta de forma implícita la confianza en dicha

organización dando por válidos todo tipo de gastos que sirvan para proporcionar esa tranquilidad y confianza.

Tres hermanos han sido los instrumentos de Gadaffi. Karmal, Whalid y su hermana Leila. Representa ésta el lado sofisticado y elegante del terrorismo. Whalid es el intelectual y contemplativo, mientras que Karmal es el terrorista activo.

La bomba atómica no explota porque Whalid cambió la cinta magnetofónica clave para la activación a dis-

DOMINIQUE LAPIERRE
LARRY COLLINS



el quinto jinete

novela

«La novela presenta a Gadaffi como un terrorista y como tal es calificada también su acción».

tancia. Es asesinado por su hermano y esta muerte es la que confirma una pista de la policía para el hallazgo de dicha bomba. El aplazamiento conseguido da tiempo para dicho hallazgo y la consiguiente desactivación. Se nos da, pues, un perspectivismo en el hecho de la no explosión.

Y todo esto, ¿para qué? El final es feliz. El presidente reúne a Begin y Gadaffi y en Israel comienzan a retirarse los colonos de algunos de los asentamientos a los que

alude la carta de Gadaffi. La amenaza atómica ha servido para poder negociar en pie de igualdad. La posesión de potencial atómico tiene, pues, sentido político en la actualidad.

La novela presenta varios aspectos; no demasiados tampoco. Voy a centrarme únicamente en los que se refieren al conflicto árabe-israelí.

La bomba es instrumento de terrorismo y al mismo tiempo tiene poder de disuasión. Karmal encabeza-

ría la primera postura y Whalid la segunda. La primera es la que fracasa y en la segunda está la solución al conflicto planteado. Este conflicto ha llegado a su momento de clímax cuando han aparecido crudamente los dos fanatismos, el de Gadaffi y el de los judíos. Este va a ser el esquema del análisis que he realizado de la obra. Al mismo tiempo mostraré cómo hay una decantación subjetiva por parte de los autores.

1. Las exigencias

En un primer momento, por parte estadounidense, se consideran «extravagantes» (p. 40); resultan «increíbles» (p. 58).

Gadaffi, por el contrario, repite continuamente, de una forma o de otra: «No pido un imposible. No les pido que destruyan Israel... Sólo reclamo lo que es justo. Que nos devuelvan Cisjordania. Y Jerusalén» (p. 99).

Posteriormente un miembro le dice al presidente y al Consejo: «Lo cierto es que esas colonias implantadas en territorios ocupados son absolutamente ilegales» (p. 102).

Se nos dice que también en Israel, «la mayoría de la gente... se muestra contraria a su (de las colonias) existencia» (p. 116).

Al final el mismo M. Begin lo reconoce: «Esos territorios fueron atribuidos en 1947 por las Naciones Unidas a los árabes de Palestina, al mismo tiempo que el pueblo judío recibía un estado nacional» (p. 302).

Sin embargo, la novela presenta una oposición acérrima a conceder eso que reconoce como justo. ¿Por qué? Simplemente porque se re-

chaza el terrorismo como método, aunque hay también otras razones, como veremos más adelante.

2. La bomba

La novela presenta a Gaddafi como un terrorista y como tal es calificada también su acción. Carga las tintas. Frente a la abundancia casi abrumadora de citas en este sentido, sólo una vez se menciona la organización terrorista Irgún a cuyo mando estuvo Begin (p. 105).

¿Por qué el empleo de esa forma extrema de amenaza terrorista? Veamos. El pueblo judío cifra su confianza en la ayuda que recibe y recibirá de EE.UU.; y sobre

todo en saber que es «el único país del Oriente Medio que posee un arma atómica» (p. 113).

Este mismo sentido tiene para los árabes lograr su posesión. «Sin bomba, ningún caudillo árabe tendrá jamás la fuerza suficiente para enfrentarse a los israelíes» (p. 70).

Hasta aquí no habría novela. Gaddafi hace una demostración. Con esa prueba comienzan las negociaciones. Pero los autores creen que es necesario situar al mundo al borde del abismo para que ese equilibrio de fuerzas dé frutos de paz. O tal vez simplemente, y me inclino por ello, se trata de presentar una situación «noveltesca» que permita emitir

una serie de juicios. Una situación que tiene como ingrediente fundamental la amenaza terrorista, de plena actualidad.

Esta situación límite se crea al repetir hasta la saciedad los efectos que tal bomba produciría. Un experto se detiene morosamente en su explicación (pp. 28 y 184 y ss.) y se cita de forma machacona: ¡6.644.000 muertos! (p. 183).

3. Terrorismo

Ya hemos visto cómo Gaddafi era presentado como un terrorista. Por eso, el presidente de los EE.UU. llama a un especialista en psicología terrorista antes de ponerse a hablar con él (p. 135).



El rey Hussein de Jordania junto al líder libio Moammar Gaddafi y el líder palestino Yasser Arafat, reunidos en una base aérea al norte de Ammán, el 24 de septiembre de 1978.

Al propio tiempo un miembro de la CIA presenta la lista de acciones terroristas de las que se supone a Gadaffi responsable, lo mismo que la de las organizaciones terroristas con las que está relacionado y las que se adiestran en sus campos (pp. 98 y 139).

Karmal es su instrumento. La novela comienza con él y lo vemos realizando ejercicios de kárate. Un golpe «como de kárate» es el que mata al científico francés al que roban documentos y que sirve para atraer a Whalid (p. 79).

En los campos de adiestramiento, el monitor les hizo en cierta ocasión coger en su mano un polluelo y matarlo. Esa misma sensación de poder y sadismo es la que experimenta con la bomba (p. 403).

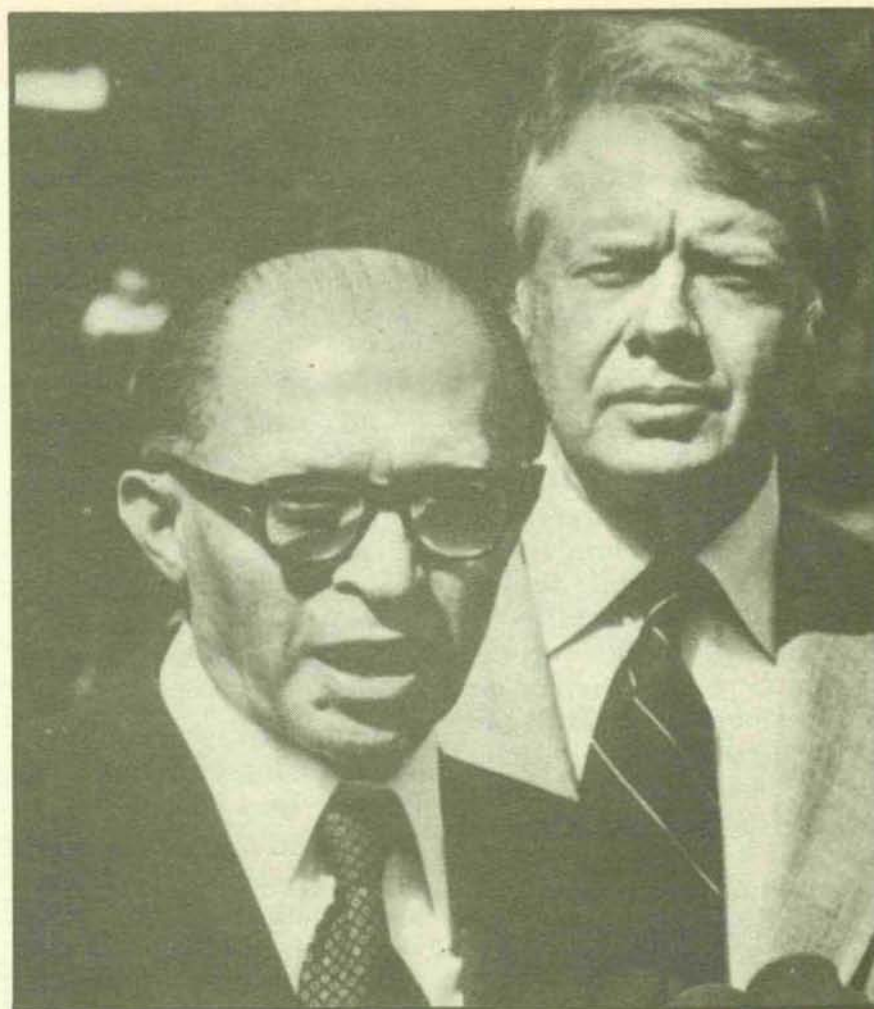
Para convencer a su hermano se sirve de la muerte de su esposa, cuyo sentido tergi-versa (p. 76), y le recuerda el juramento que hizo, junto con la sura del Corán en la que se pide la muerte del perjurio (p. 70-71).

A Karmal y a Leila se les supone vinculados al terrorista venezolano «Carlos». Leila sigue sus consejos viajando en primera y no «preocupándose nunca por las consecuencias de sus actos» (p. 45).

Para Karmal, como para Carlos, el fin justifica los medios (p. 65) y el mismo Gadaffi reconoce que «Karmal y Carlos han trabajado duramente» (p. 83).

4. Gadaffi

Los calificativos que a lo largo de la novela se le aplican son negativos. Los autores cargan los dados y el lec-



El primer ministro israelí Menachem Begin y el presidente de los Estados Unidos, Carter, durante la visita del político israelí a la Casa Blanca, en marzo de 1978.

tor saca la conclusión de que se trata de un loco peligroso. Veamos en primer lugar la lista de algunos de los calificativos personales:

- imprevisible (p. 36)
- hijo del desierto (p. 36)
- visionario (p. 37)
- fanático (p. 40 por primera vez y posteriormente he llegado a contar hasta 17 veces)
- libio bastardo (p. 59)
- miserable baladrón (p. 59)
- dictador (p. 86)
- austero visionario del desierto (p. 88)
- iluminado peligroso (p. 110)
- demente (p. 114)
- carnicero de Trípoli (p. 116)
- astuto como un zorro del desierto y dos veces más peligroso (p. 136)

- un Hitler disfrazado de árabe (p. 140)
- un fanático mucho peor que Jomeiny (p. 140)
- un nuevo Hitler, un nuevo Führer (p. 176)
- visionario loco (p. 194)
- es de ...gente diabólica (p. 279)...

La lista es una muestra; como puede verse, junto a calificativos aparentemente objetivos, una carga connotativa negativa que viene dada por otras construcciones sintagmáticas.

Junto a esto, hay también una serie de expresiones calificativas del hecho de poner la bomba y amenazar con su explosión. Son las siguientes:

- broma pesada (p. 20)
- comedia (p. 21)

- *chantaje terrorista nuclear* (p. 21)
- *broma detestable* (p. 26)
- *un farol, un enorme farol* (p. 40)
- *espantoso desafío* (p. 96)
- *chantaje* (p. 103)
- *chantaje de un tirano* (p. 302)
- *complot de un fanático libio* (p. 351).

Como puede verse, hay una serie de calificativos que llevan implícito el que tal hecho no parece posible; en general porque se infravalora la capacidad intelectual de los árabes. La segunda serie de calificativos son los que expresan el pánico o terror de que la amenaza pueda llegar a cumplirse. Por último, unos y otros están también emitidos en un impulso de indignación.

El psiquiatra estudia a Gadafi psicoanalíticamente, de una forma ortodoxa (p. 138), y lo ve «en pleno delirio paranoico» (p. 191).

El presidente de los EE.UU. es presentado rodeado de un enorme poder electrónico (p. 26), con todos los avances técnicos imaginables; desde un sillón puede en un instante hacer lo que quiera y ponerse en contacto con cualquier parte del mundo (55). ¿Cómo un árabe, como Gadafi, puede tener la capacidad científica para todo ello? (p. 40).

Por el contrario, nos lo presenta en el desierto, en su tienda de beduino que para él es, según los novelistas, «símbolo de la raza amenazada a quien quería restituir la plenitud de su destino» (p. 96). Se trata del tópico literario corte-aldea, campo-ciudad, primitivismo-civilización. La novela lo enfoca desde el punto de vista religioso, pues intenta presentar a Gadafi como un fa-

nático. Desde antiguo, una profecía lo consideraba enviado de Alá y esta profecía está en su mente con frecuencia (p. 85); su programa atómico se llama significativamente «El sable del Islam» (p. 155); se nos dice que oyó la voz de Alá y se siente profeta (p. 37 y 38). Como signo de su fanatismo, entre otros, se citan los siguientes hechos:

- *quema obras de autores sacrilegos: Baudelaire, Sartre, Graham Greene (!), H. James*
- *perseguir el whisky*
- *prohibir los Play-boy*
- *flagelar a los borrachos*
- *lapidación de la mujer adúltera...*

Y se concluye: «ciertamente, a su lado, Jomeiny parecía un liberal» (p. 139).

Por eso, su objetivo de siempre es el «poder total, absoluto, definitivo» (p. 192), «ya que, según él, es la OMNIPOTENCIA (sic); se cree Dios, o el sable de Dios, sable vengador, que es peor» (p. 141).

Para los expertos esa es la razón por la que la bomba ha sido colocada en esa gran ciudad: «Odia Nueva York. Lo que quiere destruir es N-Y. Sodoma y Gomorra. El dinero, el poder, la corrupción, la riqueza, el materialismo. Nueva York es todo lo que él aborrece» (p. 141).

La razón del título la dan los novelistas de forma explícita en la página 59: «Ahora un quinto jinete galopaba en cabeza: Moammar Gadafi, salido de las entrañas del infierno para asolar el mundo». La cita del Apocalipsis al principio de la novela nos dice que el jinete tenía por nombre Mortandad y que el infierno le acompaña. La intención y punto de vista de los novelistas están, pues, bastante claros. La carga subje-

tiva es excesiva y se deja notar demasiado en la novela. Los novelistas toman partido ya en el planteamiento y esto hace endeble la obra.

5. Entre dos fanatismos

Si Gadafi es un fanático, también lo son los judíos, aunque sólo algunos dirigidos por rabinos exaltados. Los colonos son fanáticos (p. 102); para ellos, se trata de «NUESTRA (sic) tierra, NUESTRO pueblo...» (p. 115); sus tierras fueron dadas por Dios (p. 302).

Los colonos están movidos por los defensores del Eretz Israel, el gran Israel, que comprendía el Líbano, Siria y Jordania, como en tiempos de David (p. 359). En su fervor se sentían vinculados a los antiguos zelotes (p. 360).

Los asentamientos son para ellos un símbolo: «demuestra a los judíos que aún están dispersos y también a todas las naciones, ¡que Israel nos pertenece realmente!» (p. 359).

El acto de ocupación religiosa de una colonia es punto culminante, en el que se emplea la Biblia como apoyo y en el que el rabino proclama:

«Hijos e hijas de Israel... esta noche váis a cumplir en nombre de todo el pueblo judío uno de los deberes más sagrados de nuestra fe. Después de dos mil años de ausencia váis a consagrar nuestro retorno a las nuevas parcelas de nuestra tierra legada por Dios a nuestros padres... Esta tierra es VUESTRA (sic) tierra» (p. 310).

En dos ocasiones se nos presenta la situación como una tensión entre dos fanatismos. Tras hablar con Begin, los novelistas nos presentan al presidente de los EE.UU.

perdiendo la paciencia porque «se encontraba entre dos fanatismos religiosos, preso entre dos voluntades inflexibles» (p. 303). Este mismo es el comentario de uno de los expertos: «Estamos entre los fuegos de dos fanatismos, el fanatismo judío y el fanatismo islámico» (p. 325).

6. Whalid y la solución

Whalid es el científico; quiere llevar una vida tranquila en Francia. Se le implica en un acto terrorista y con engaño y amenazas es ganado de nuevo para la causa.

Una vez montada la bomba y recordando los rostros de niños, vendedores, ancianos... (30), se asusta y exclama para sí: «¡Dios mío! ¿Por qué me has dado ese poder?» (p. 54).

Al final sabemos que la bomba no podría haber explotado, debido a un cambio de cinta efectuado entonces por Whalid. El mismo nos da

las razones de su acción, y en ellas está la solución de la situación límite planteada: «Hermano mío, debe haber otra manera. Yo no fabriqué esa bomba para sembrar el horror. La fabriqué para que se hiciese justicia a nuestro pueblo. Para que fuese iguala los demás... Gracias a ella podremos negociar con nuestros enemigos y recobrar nuestra patria» (p. 385-6).

La tensión que produce la amenaza le hace decir a un miembro del Consejo judío: «¿No sería posible que, por una vez, nuestro país reconociese sus errores? ¿Por qué no hemos de desalojar nosotros mismos TODAS (sic) esas colonias, de una vez para siempre?» (p. 368). Es decir, lo que intentaba Whalid al acceder a colocar la bomba produce efecto sin acarrear la destrucción. Es la solución que apuntan los novelistas.

El fruto de todo ello se nos da en la penúltima página:

«El día de Navidad, el presidente de los Estados Unidos

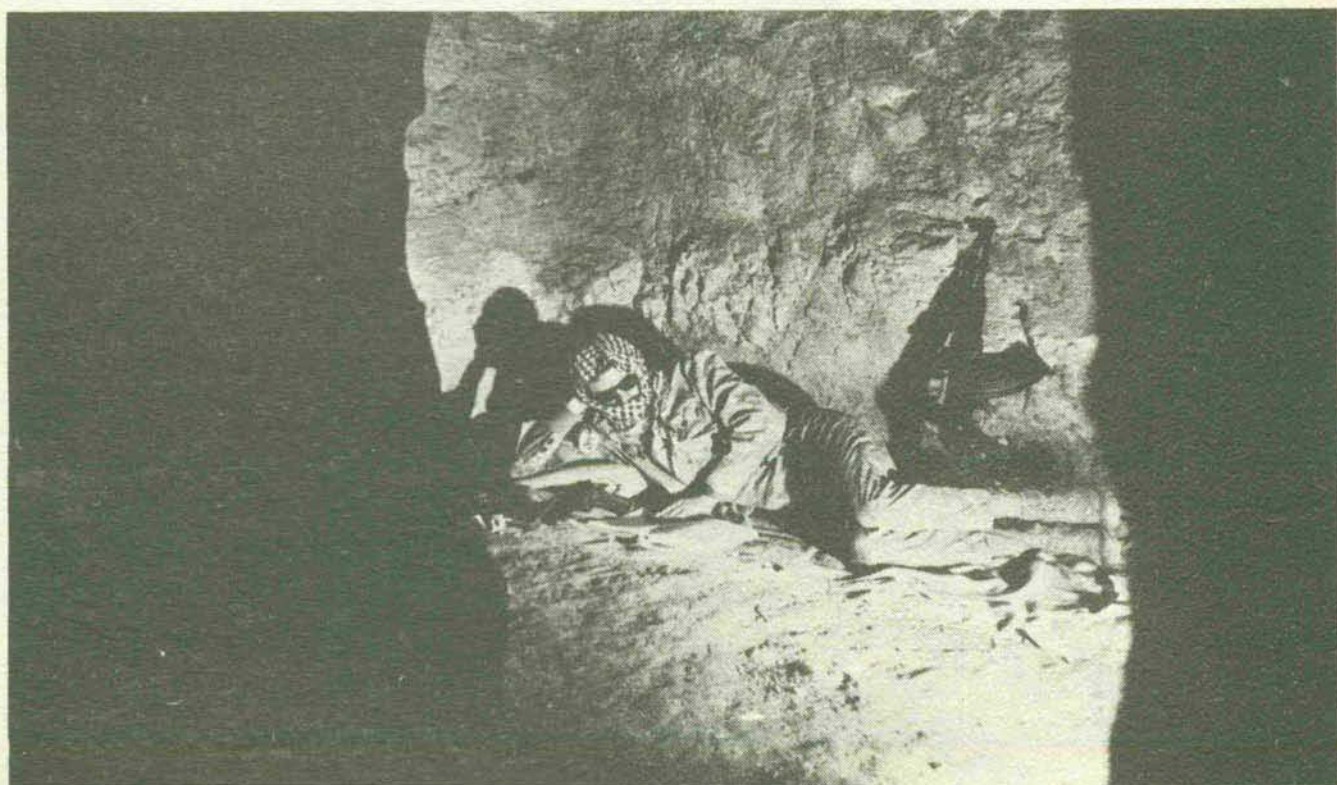
invitó secretamente a Menachen Begin y a Moammar Gaddafi en Camp David, a fin de buscar una solución definitiva al conflicto árabe-israelí.

Antes de partir para Washington, Begin se presentó en el montículo rocoso de Elon Sichem... los colonos se avinieron a abandonar su picacho e instalarse provisionalmente en los barracones de un campamento militar israelí de las cercanías».

Angelo Rochia fue quien encontró la bomba. En el final feliz novelesco (boda con Grace y entrega de la más alta condecoración), el alcalde le comunica confidencialmente la noticia de la Conferencia de Camp David. Angelo exclamó:

«¡Santo Dios! ¡Y pensar que se ha tenido que arriesgar la vida de diez millones de personas para llegar a esto!».

Como conclusión, parafrasearía el final diciendo: «¡Y pensar que he tenido que leer 400 páginas para llegar a esto!...» ■ A. G. A.



«¡Y pensar que he tenido que leer cuatrocientas páginas para llegar a esto...!».